
Ednodio Quintero. ***Lección de física***. México: Trilce Ediciones, 2000. 203 p.

El autor es ingeniero forestal y profesor universitario en ese campo, pero con el tiempo y la experiencia ha devenido profesor de literatura. En su novela más reciente, *Lección de física*, nos ofrece una narrativa de oficio que no deja dudas de su ubicación como uno de los novelistas venezolanos más talentosos y sobresalientes de la últimas décadas, como lo ha venido reconociendo la crítica nacional e internacional.

Quintero ha publicado hasta ahora siete libros de cuentos y cuatro novelas, además de haber incursionado en los terrenos del guión cinematográfico y en el campo del ensayo.

Volveré con mis perros (cuentos) y *La danza del jaguar* (novela) son historias paradigmáticas y fascinantes, relatos densos,

ambiciosos y hasta delirantes que articulan una dimensión expresiva que se abre paso lentamente, pero sin pausa, en el contexto de la mejor narrativa de nuestro continente. El escritor elabora su discurso ficcional a través de un cuidadoso procesamiento del material lingüístico en el cual la construcción de sus figuras retóricas constituyen los objetivos principales. Metáforas y símiles encajan fluidamente en su universo expresivo, que se torna en un arte en el cual lo fundamental es precisamente el rigor en el tratamiento del lenguaje, plano éste en el que el autor trujillano aporta siempre nuevas propuestas, dejando claro testimonio de su creatividad.

Lección de física es una historia relatada en dos planos temporales unidos por un común denominador que encarna en el personaje de Joe Miguel. A lo largo del relato el lector enfrenta una narración en primera

persona que no da tregua, pues atrapa desde la primera frase. En el capítulo inicial, "El guerrero", se narran las primeras alucinaciones míticas y místicas de un niño cuyo lugar de nacimiento es un sitio agreste de la montaña, donde los primeros tragos amargos de la soledad son su bienvenida al mundo real. La ausencia de la madre durante esa niñez, colmada únicamente de carencias, es quizá la marca inicial de la que será una personalidad neurótica y esquizofrénica en el futuro. El narrador explica que el niño nació " en una casa de suelo de tierra apisonada, paredes blanqueadas con cal, techo de niebla. Casa grande -patio enladrillado, solar de naranjales amargos y una higuera- situado en las orillas de una aldea de endemoniados, cuchilleros y pastores de cabras" (p. 9). Es la infancia que después evocará el narrador: "Yo amaba el río y me dejaba arrastrar por su corriente. En los remansos flotaba como una hoja seca y sentía un vértigo próximo a la muerte cuando giraba al igual que un trompo zumbador en el remolino" (p. 9). En esos años el niño empezaba a conocer el mundo que le rodeaba y del cual era parte. Sus primeras

experiencias serían duras, no solamente en lo cotidiano sino también en la confrontación de un pequeño universo gobernado al mismo tiempo por lo mágico y lo mítico.

En aquel espacio se anuncian ya los primeros atisbos de lo que será la temática del libro: el suicidio. El niño comienza a curiosear en torno a la ley de la gravedad, y la búsqueda se prolonga -de manera sistemática y obsesiva- en la segunda mitad de la novela.

Los espacios de la misma son abiertos, aunque el accionar de Joe Miguel se realiza en el interior de su ser, arrastrado por el calor de una pasión desesperada, desatada por la pérdida de sus seres queridos más inmediatos, como la madre, primero, y luego el padre. En tal situación emerge la obligatoriedad del referente físico-espacial, que aparece configurado de manera excepcional como condicionante absoluto de la soledad. El viaje que realiza Joe Miguel a las tierras llanas de un país enguerrillado no es más que la búsqueda de una oportunidad para deshacerse de los demonios de la montaña, que siempre lo espera con sus perros,

quizá como símbolo de la única fidelidad que alguna vez pudo disfrutar, pues confía más en aquellos que en sus amigos y que en algunos de sus familiares.

Su locura, quizá buscada y acariciada obsesivamente, no es más que la vía expedita para el voluntario final de su vida. Toda su existencia ha sido planificada, ordenada y preparada para ese acto final. Ha estudiado la ley de la gravedad sólo como un referente para coadyuvar en los preparativos de ese viaje sin retorno.

La segunda parte de la novela presenta a un adolescente lúcido que despierta a las primeras experiencias de la sexualidad y manifiesta las inquietudes intelectuales propias de su edad, alucinado por un entorno que debe enfrentar sin cortapisas, cada vez más inmerso en una soledad no buscada, heredero de una memoria histórica que debe continuar y con el fardo auestas de un destino excepcional. Como lo expresa en su monólogo el propio Joe Miguel: "En la hora aciaga del último día de mi existencia me abandonan mis pájaros predilectos. ¡Qué importa! Para colgarme de esa viga torcida, atravesada allá arriba de pared a pared, no

hacen falta trinos ni gorjeos. Basta con el silencio, ¿verdad? A más tardar a las seis de la tarde, de ahí colgaré. Me ato al cuello el cinturón a la manera de un perro con collar, me encaramo en el cajón de manzanas, apoyo una mano en la viga y maniobrando con la otra hago coincidir el último agujero del cinturón con el clavo que sobresale de la madera. De una patada aparto el cajón y asunto terminado. Adiós señores. Mi cáscara nutricia se ha roto. Ha llegado por fin la hora de partir. Vuela, pájaro solitario, vuela ya" (p. 139).

En esta historia un estado depresivo conduce a una situación obsesiva, lo que desencadena un proceso esquizofrénico que conduce finalmente a la trágica decisión.

Todo va a ser planificado y organizado por una mente lúcida e inteligente, pero en el marco de un mundo perteneciente al reino de lo onírico, lo mágico y lo mítico. No hay espacio para la coherencia ni para la continuidad lógica entre un pensamiento racional y una acción que evolucionen dentro de los parámetros de lo real. Estamos inmersos en el fluir de una mente brillante, que a su vez

se encuentra atrapada dentro de los límites de una idealidad que bordea lo metafísico.

El andamiaje espacio-temporal de esta narración y su discursividad excluyen de manera brutal toda posibilidad, toda esperanza. El narrador se visualiza siempre sumido en los confines de un abismo y de un vértigo insondables: "Dicen que a veces la muerte se hace esperar. Sin embargo, la mía será puntual. No encontrará obstácu-

los en su travesía. Ni siquiera el abuelo de Chalo, si resucitara, la lograría detener" (p. 183).

No pretendo privar al lector de la emoción que provoca el final de la novela. Sólo intento llamar la atención sobre algunas cualidades de esta historia desgarradora e intensa, cruda y emblemática, que vale la pena leer.

José Gregorio Lobo
Universidad de Los Andes
Mérida